



The background of the image is a dark, moody photograph of an interior space. In the foreground, a checkered floor extends towards a large doorway. The walls are made of dark stone or brick. Through the doorway, another room is visible, featuring a chandelier and some furniture. The overall tone is mysterious and elegant.

VENENO

PARA

KINGFOUNTAIN 1



LA REINA

JEFF WHEELER



SÉLECTOR

ACTUALIDAD EDITORIAL

PERSONAJES

FAMILIA ARGENTINE

Eredur Argentine: anterior rey de Ceredigion, muerto bajo circunstancias misteriosas.

Dunsdworth Argentine: medio hermano de Eredur, acusado de traición y ejecutado. Tiene un hijo con su mismo nombre, quien es pupilo del rey en el palacio.

Severn Argentine: rey de Ceredigion, el hermano menor. Usurpó el trono del hijo de Eredur, quien se encuentra desaparecido y que presuntamente fue asesinado.

Elyse Argentine: la hija mayor de Eredur.

NOBLES DE CEREDIGION

Lord Kiskaddon: duque de Westmarch.

Lord Horwath: duque de North Cumbria.

Lord Asilomar: duque de East Stowe.

Lord Lovel: duque de Southport.

Lord Ratcliffe: capitán de la Espión, servicio de espionaje del rey.

Lord Bletchley: partidario de la usurpación del rey Severn, capitán de la Espión, ejecutado por traición.



Pelearon una guerra de la cual salieron victoriosos. No obstante, el triunfo del rey despertó muchas sospechas. A pesar de todos sus años y toda su experiencia militar, con todo y el respaldo de sus leales amigos, y de las reservas de Ceredigion, muchos predijeron que los invasores ganarían. Por supuesto, hubo traiciones. El augurio lo dictaron las aguas. El duque de Kiskaddon les prohibió a sus hombres que se unieran a un bando u otro de la batalla, incluso cuando el mayor de sus hijos era rehén del rey. Esta fue pésima decisión. Su hijo fue arrojado a la cascada después de la victoria del rey. ¿Qué otra venganza valdría para castigar la traición del duque? Solo puedo imaginarlo. Ahora me río entre dientes por lo mucho que disfruté viéndolo. ¡Larga vida al rey que se agazapa!

Dominic Mancini, espía de Nuestra Señora de Kingfountain



UNO

EL DUQUE DE KISKADDON



Lady Eleanor se sentó en el descansillo de la ventana de sus habitaciones. Acariciaba gentilmente la cabeza de su hijo, recostado en su regazo. Owen era el más pequeño de sus hijos, el que con dificultad había logrado sobrevivir al alumbramiento. Ahora era un muchachito frágil de ocho años, aunque aparentaba menos edad. Su cabello era café claro, grueso y rebelde a pesar de todos los esfuerzos que hacían para peinarlo. A la reina le encantaba deslizar los dedos a través de la cabellera de su hijo, quien tenía un pequeño mechón blanco arriba de la oreja derecha. Sus hermanos preguntaban por qué él había nacido con aquella extraña mancha blanca en el cabello oscuro.

Era una marca que lo distinguía de sus hermanos. Para ella era un recordatorio del milagro que ocurrió después de su nacimiento.

Owen la miraba fijamente con aquellos ojos cafés y muy profundos. Parecía saber lo preocupada que estaba su madre, lo mucho que necesitaba de su consuelo. Era un niño muy amoroso, siempre

el primero en correr a sus brazos. Cuando era bebé murmuraba cariños a sus padres mientras les abrazaba las piernas o lo alzaban en alto. Madre, padre. Madre, padre. Madre, padre. Amaba más que nada refugiarse entre las sábanas de la cama de sus padres después de que ellos se hubieran levantado para realizar sus actividades rutinarias, para capturar el calor todavía atrapado en ellas. Dejó de hacer eso hasta la edad de seis años, no obstante los abrazos y los besos no cesaron. Siempre quería permanecer cerca de sus padres, especialmente de su padre, Lord Kiskaddon.

Pensar en su esposo le produjo a Eleanor un sobresalto de preocupación en el estómago. Él ya no era joven, y siempre fue un estadista, no un militar. Ahora, a sus cuarenta y cinco años lo habían hecho comandante y luchaba en la batalla. Ella dio un vistazo hacia el armario vacío a un lado de su lecho, donde normalmente descansaba la armadura de su esposo. Las cortinas estaban abiertas y mostraban las sábanas dobladas y apiladas en perfecto orden. Él siempre quiso que le hicieran la cama con sábanas limpias todos los días. Sin importar qué tan turbulentas noticias llegaran desde la Corte, su esposo saboreaba cada noche los rituales simples de prepararse para dormir. Algunas noches, no obstante, se quedaba despierto en la cama durante horas, meditando en los problemas de Ceredigion. Aunque siempre encontró paz al estar junto a su esposa, solos en aquella cama.

—No lo sé —susurró Eleanor con voz ronca, y siguió acariciando los rizos de cabello grueso de su hijo.

Sus dedos se detenían a jugar con el mechón blanco. Su esposo fue convocado a unirse al ejército real para salir al campo de batalla y enfrentar la invasión, y su hijo mayor se encontraba cautivo como rehén en el ejército del rey para asegurar su lealtad. Antes de la batalla llegó hasta sus oídos el rumor de que el ejército del rey superaba por mucho en número a sus enemigos. Al menos tres a uno. Pero sabía que no se trataba de una cuestión matemática. Se trataba de una prueba de lealtad.

No era sencillo servir a un rey como Severn Argentine. Tenía como lengua un látigo con puntas filosas que causaban heridas siempre que él se pronunciaba. En los dos años que llevaba su mandato, desde que usurpó el trono al hijo de su hermano mayor, el reino se había llenado de maquinaciones, traiciones y ejecuciones. Se rumoraba que el tío había asesinado a sus sobrinos en el palacio de Kingfountain. La sospecha de ese terrible hecho hacía que Eleanor se estremeciera de horror. Ella, como madre de nueve hijos, no podía concebir tal atrocidad. Sólo cinco de sus hijos habían sobrevivido a la infancia, pues todos habían sido de naturaleza enfermiza. Unos habían muerto muy pequeños, y cada nueva pérdida le había roto el corazón. Y luego estaba el pequeño Owen, el último de sus hijos, su pequeño milagro.

Su amado hijo todavía la miraba a los ojos, casi como si pudiera leer sus pensamientos. Ella amaba encontrarlo jugando solo. Hacía pilas de fichas que después derribaba. Frecuentemente lo encontraba en la biblioteca, leyendo en silencio. Ella no recordaba haberle enseñado a leer... era tan pequeño. Parecía como si Owen hubiera aprendido por sí solo, como respirar, como si hubiera aprendido al inhalar las letras y las palabras impresas, como si su mente aprendiera por sí sola a descifrarlas. Era un chico de inteligencia prodigiosa, aunque seguía siendo solo un niño. Amaba correr en los jardines con sus hermanos y unirse para perseguir a quien llevara el listón blanco atado a una vara, entre el laberinto de setos. Claro que de pronto le daban leves ataques de asma, pero eso no lo detenía.

Ella jamás olvidaría la pena que sintió cuando la comadrona real le dijo que su bebé estaba muerto. Nadie lloró. No hubo lamentos como aquellos que anunciaron el deceso de los otros ocho hijos de Eleanor. El bebé llegó al mundo silencioso y bañado en sangre. Perfectamente formado, pero sin respirar. Eso la devastó. Sabía que con él había perdido su última esperanza, sería su último hijo. Las lágrimas de su esposo se unieron a las suyas y lloraron sobre el cuerpo del recién nacido.

¿Acaso no había nada que se pudiera hacer? ¿Acaso había alguna palabra que pudiera consolarlos? La matrona puso el cuerpecito del bebé muerto entre sus brazos, besaron tiernamente su frágil cabecita, y sugirió que se despidieran juntos, solos como marido y mujer. Lord Kiskaddon y Lady Eleanor acunaron al bebé entre sus brazos, arrugando las sábanas entre sus manos, lloraron por el niño, lo abrazaron y lo besaron. Le hablaban en voz baja y le decían cuánto lo querían, y cuánto hubiera necesitado de él su familia.

Entonces sucedió el milagro.

Fue a causa de la Fuente, ella está segura de eso. De algún modo el bebé había escuchado sus plegarias. Los ojos del bebé muerto se abrieron. Eleanor estaba tan sorprendida que al principio creyó que lo había imaginado, pero su esposo también lo vio. Sus ojos se habían abierto.

—¿Eso qué significa? —preguntaron a la comadrona.

—Quizá se está despidiendo —dijo ella con suavidad.

Pero el instante duró horas y las horas se volvieron días y los días se volvieron semanas. Eleanor acaricia el pelo rebelde de su hijo. Él le sonríe como si también pudiera recordar el milagro de su nacimiento. Dibuja una pequeña sonrisa torcida y aprieta su mejilla lánguida contra el pecho de su madre. Sus pestañas se agitan.

—¡Madre! ¡Madre!

Era Jessica, su hija de catorce años, quien llamaba al entrar corriendo a la habitación con sus rubios caireles rebotando en su espalda.

—¡Es papá! ¡Viene cabalgando con alguien más!

El corazón de Eleanor saltó de alegría y sorpresa, se hinchó de esperanza.

—¿Lo viste?

—¡Sí, desde el balcón! —dijo Jessica con los ojos llenos de emoción—. Su cabeza brillaba, mamá. Viene con Lord Horwath, pude reconocerlo.

Aquello no tenía sentido. Lord Horwath gobernaba en la frontera norte del reino y su esposo en la frontera sur. En el reino ambos tenían el mismo rango y eran amigos. ¿Entonces por qué razón Stiev Horwath escoltaba a su esposo hasta Tatton Hall? Una puñalada de preocupación atravesó su pecho.

—¡Owen, ve con tu hermana! ¡Vayan a saludar a su padre!
—dijo Eleanor.

El niño cerró su mano para sujetarse de la tela de su vestido. Sus ojos de pronto se llenaron de lágrimas y se resistió.

—¡Ve, Owen! —le pidió con firmeza, empujándolo para que abandonara el asiento junto a la ventana.

Jessica tomó la mano del niño y lo llevó hacia la puerta mientras que ella se quedó dando vueltas en la habitación. Hubo gran conmoción cuando la voz del duque resonó entre las paredes del palacio. La gente lo amaba. Hasta el más bajo de los sirvientes respetaba a su bondadoso amo.

Eleanor sintió como si cientos de alfileres pincharan su piel al ir de un lado a otro. Su corazón se aceleraba cada vez más dentro de su pecho. Ella era la principal consejera de su esposo. Sus consejos lo habían llevado y lo habían mantenido a flote entre las agitados aguas de la intriga que lastimaba las casas nobles del reino, unos en contra de otros, en tantas y tan brutales guerras. ¿Acaso la situación había cambiado?

Escuchó atenta el sonido de las botas al subir las escaleras. Eleanor se retorció las manos y se mordía los labios mientras aguardaba las terribles noticias. Su esposo estaba vivo, pero ¿qué había de su hijo mayor? ¿Dónde estaba Jorganon? Había partido a la guerra con su padre y con el rey. ¿Por qué Jessica no lo había mencionado?

Su esposo entró en la habitación y con solo notar su mirada ella supo que su hijo estaba muerto. Lord Kiskaddon ya no era joven, pero su rostro tenía una mirada infantil que se oponía a la calva en lo alto de su cabeza y a la franja de pelo gris sobre sus mejillas y en la nuca. Era un hombre seguro y fuerte que podía pasar

horas en la montura sin que su espalda se combara, pero ahora su mandíbula lucía hirsuta y descuidada, colgando de su rostro; la tristeza de sus ojos estaba muy lejos de su apariencia jovial. Su esposo estaba en duelo. Y no era solamente la muerte de su hijo mayor. Ella sabía que las noticias que su esposo le llevaba serían incluso peores que la muerte de su hijo.

—Por fin estás en casa —suspiró Eleanor y se lanzó al abrazo de su esposo, pero lo sintió tan débil como un gatito.

Él le dio un beso en la cabeza y ella pudo sentir cómo su esposo reprimía dentro de sí el estremecimiento.

—Jorganon está muerto, ¿verdad? —dijo ella con la esperanza de estar equivocada, aunque sabía que no lo estaba.

—Así es —respondió él con voz ronca, apretando los labios contra su cabello. Se apartó de ella y clavó la mirada en el suelo.

—¿Qué fue lo que ocurrió? —suplicó Eleanor, tomando a su esposo de las manos—. ¡Por favor dime la peor parte! No puedo soportar verte llevar tú solo toda esa angustia.

Él tenía los ojos llenos de lágrimas. Él, que tan raras veces mostraba sus emociones de manera abierta, ahora tenía el rostro descompuesto, las mejillas caídas.

—El rey... ganó. Le llamaron “La batalla de Ambion Hill”. Fue una batalla muy reñida, Eleanor. Estuvimos tan cerca. Un momento más, un soplo más de viento y todo hubiera cambiado. Una sola gota de rocío hubiera podido dar la vuelta al destino. Ojalá... Hubiera querido que estuvieras ahí para darme tu consejo... pero no estabas —su expresión se retorció todavía más y miró a su esposa suplicante—. ¡Por favor, perdóname!

Eleanor sintió que se le ablandaban las piernas.

—Pero, ¿por qué? —ahogó un resuello.

Apretaba tan fuerte los labios que estaban blancos.

—Horwath dirigía la batalla de lado del rey. Sus hombres estaban bajo mucha presión. Era muy probable que fracasaran. El rey me había ordenado apoyar con mi ejército al de Horwath

—agitó con la cabeza como si todavía estuviera viviendo el momento de máximo peligro en que podía perderlo todo o ganar—. Pero me negué a hacerlo.

—¿Qué?! —exclamó ella.

—El rey es el último de su dinastía. Su único hijo murió hace un año y en seguida murió su esposa, dijeron que había sido envenenada. Parecía como si la Fuente lo hubiera juzgado y lo hubiera condenado a perder en Ambion. Ambos lo creíamos, de lo contrario no hubiéramos...

—¡Shhh! —lo silenció Eleanor con gesto furtivo mirando hacia la puerta.

—Creímos que el nuevo rey nos mostraría su favor si nos negábamos a intervenir. En el momento más crítico estaba seguro de que el rey perdería la batalla. Severn amenazó con matar a Jorganon —se llevó los nudillos a la frente y rompió a llorar—. ¿Qué fue lo que hice?

Eleanor abrazó a su esposo con fuerza. Sabía que era un hombre sabio y capaz, pero esas cualidades no ayudaban a navegar las oscuras políticas del rey Severn y de su traicionera Corte. Y por eso mismo con frecuencia acudía a ella en busca de consejo. Ella también sospechaba que el reinado de Severn sería, por suerte, breve. Y sí, ella había aconsejado a su esposo aparentar que apoyaba al rey, aunque no demasiado. Ser lento en responder, aparentar que estaba confundido con las órdenes. Ella se mordía la punta de los dedos.

—Pero el ejército del rey salió victorioso después de todo —dijo ella con voz débil—, y ahora piensa que eres un traidor.

—Desde donde yo podía ver las cosas era evidente que Horwath sería destruido. Sus hombres peleaban con desgana. Nadie tenía puesto el corazón en defender Ceredigion de los invasores. Pero entonces el rey mandó llamar a sus caballeros, y él mismo se unió a la lucha. Entonces la batalla se volvió furiosa cuando cambiaron los roles. Yo estaba ahí, Eleanor, ¡yo los vi! Eran solo veinte... tal

vez treinta caballeros en total, pero cayeron como una inundación. Como si la mismísima Fuente los dirigiera. Atacaron con lanzas y espadas. El rey mismo derribó del caballo a su enemigo y saltó desde su caballo herido para matar al hombre con su propia espada. Los invasores cayeron sobre él como un enjambre, pero él peleó con la fuerza de doce hombres. Todos fueron cayendo alrededor de él, y cuando vieron su triunfo, los hombres de Horwath se convirtieron en demonios —sus ojos estaban muy abiertos, llenos de asombro—. Severn había derrotado a sus enemigos por su propia mano. Aun con su pierna chueca y su espalda encorvada, era imparable. Al ver aquello monté en mi caballo y cabalgué a toda velocidad para unirme a la refriega para capturar a los restantes del ejército derrotado. Al rey se le había caído la corona durante la batalla y yo la encontré entre los arbustos. Le dije... le dije que le guardaba lealtad.

Su rostro estaba completamente pálido.

Eleanor sintió que sus rodillas perdían fuerza. Sujetó a su esposo como si ambos estuvieran solos en una isla desierta y las olas del mar se estrellaran alrededor de ellos, tratando de arrastrarlos. Las palabras resonaban en sus oídos.

—El rey ordenó la muerte de Jorganon. Se burló de mí diciendo que tal vez teníamos hijos de sobra. Así que mandó conmigo a Horwath, para venir a traerte las noticias.

Esto es lo que ha proclamado el rey Severn Argentine a Lady Eleanor Kiskaddon: *Elige otro hijo como rehén para que viva en el palacio de Kingfountain bajo la tutela de Su Majestad. Con ello probarán su lealtad y obediencia. Envía pues, al hijo que se mantendrá como garantía por la seguridad de su casa.*

Lady Eleanor iba a desmayarse, pero de alguna manera logró mantenerse en pie. Miró a su esposo y dijo:

—¿Que debo confiar a ese hombre *otro* de mis hijos? —su corazón se agitaba violento dentro de su pecho, acobardada por el peso del dolor—. ¿A ese... *carnicero*?

—Stiev Horwath ha venido a llevarse al niño a Kingfountain—dijo su esposo con la mirada llena de tristeza—. Si no lo enviamos, ejecutará en el acto a toda nuestra familia por traición.

Lady Eleanor lloró amargamente sobre el pecho de su esposo. Era una decisión que ninguna madre debería verse obligada a tomar. ¿Debía sacrificar a uno de sus hijos para que los otros pudieran vivir? Pero el rey Severn era despiadado y astuto. Tal vez el hijo que ella eligiera sería el único que sobreviviría.

Siguió llorando amargamente, devorada por el dolor, incapaz de pensar. ¿A quién enviaría? ¿Por qué le pedían a ella que tomara la decisión, si no para hacerla sufrir todavía más, para que la herida calara más hondo? Odió al rey. Lo odió con toda su alma, con toda su furia. ¿Cómo podía tomar una esa decisión como aquella? ¿Cómo podría ella escoger a uno de sus hijos y enviarlo al hombre que había asesinado a su propio sobrino? Las manos del rey estaban tan llenas de sangre, que probablemente iba dejando su rastro por dondequiera que pasara.

Por estar hundida en su pena, Eleanor no escuchó las suaves pisadas de unos pies descalzos que entraron furtivos en la habitación. No se dio cuenta hasta que los brazos de Owen rodearon sus piernas. Su hijo les apretó las piernas con tanta fuerza que, aun cuando no escuchara las palabras, podía imaginar el tono infantil con que intentaba reconfortarlos: Ya, ya, madre. Ya, ya, padre. Tranquilos, todo estará bien, madre, padre. Calma, tranquilos...

Ella bajó la mirada hacia su hijo, su inocente hijo, y entonces tuvo un recuerdo. El recuerdo del día en que la comadrona real había salvado su vida.

Sintió que su pecho se estrujaba con anticipación. Tal vez ella podría enviar un mensaje secreto al santuario de Nuestra Señora, una plegaria para proteger a su hijo, el niño que ya antes se había salvado. Ella podía soportar la separación, la angustia, siempre que hubiera un hilo de esperanza del cual sujetarse, porque sabía perfectamente que una traición era todo lo que podía esperar.



Los ceredigianos son gente altamente supersticiosa. Aunque también hay que decir que la mayoría son tontos. Ellos tienen una antigua creencia en el poder del agua, que viene de leyendas que ya ni siquiera se conocen. Son puros cuentos. Por eso construyen grandes santuarios junto a los ríos. De hecho, Nuestra Señora de Kingfountain se encuentra construida dentro del río, en la garganta de una asombrosa cascada. Estos santuarios garantizan a los hombres la evasión de la ley. Muchos ladrones habitan sus dominios entre espejos de agua, fuentes burbujeantes y apacibles jardines. De día salen a robar y de noche duermen sobre los azulejos de los santuarios protegidos. A ellos les llaman los hombres de las fuentes. Todo se debe al antiguo capricho de que el privilegio perdurará mientras el río siga fluyendo y sigan cayendo las aguas de la cascada. Aquí, entre esta escoria de Nuestra Señora, es donde paso los días vigilando a los enemigos del rey. A veces detesto mi trabajo. Estoy tan aburrido...

Dominic Mancini



DOS

EL DUQUE DE NORTH CUMBRIA



Owen le fascinaba jugar solo, por su cuenta. Podía entretenerse durante horas acomodando fichas en fila para después derribarlas en cadena, alineando las filas de sus soldados de plomo preparados para la guerra o leyendo en voz baja. Era un niño alegre y platicador con los miembros de su familia, y cuando era momento de jugar a las espadas de madera con sus hermanos era él quien por lo general hacía llorar a los otros, incluso a sus hermanas. Sin embargo, cuando estaba en una misma habitación con un extraño, se quedaba oculto detrás de una silla observando al recién llegado con mirada cautelosa hasta que el extraño se hubiera ido.

De esta manera era como miraba a Lord Horwath. Pero de pronto el duque abandonó el Tatton Hall y a Owen lo condujeron hasta su montura. Estaba tan aterrado y tan conmocionado por la sorpresa, que no hubiera podido hablar con nadie aun si lo hubiera intentado. Conforme se alejaba de su familia, viendo cómo las

lágrimas rodaban brillantes por las mejillas de su madre, Owen creyó que jamás volvería a ser capaz de pronunciar palabra.

Tatton Hall era su mundo, conocía todos los rincones de él, desde los sótanos hasta las buhardillas. Es verdad que algunas partes del lugar le daban miedo, como la cava de los vinos, que era oscura y tenía un olor extraño. Pero había lugares secretos que solamente él conocía, donde podía esconderse y jamás podrían encontrarlo. Los jardines eran muy grandes y él pasaba incontables días disfrutando de los placeres simples de correr sobre la hierba o descansar sobre camas de hojas secas mirando las hormigas y las garrapatas. Le gustaba mucho ver cómo las garrapatas podían cerrarse sobre sí mismas hasta parecer piedras que rodaban sobre la palma de su mano. Y cuando se quedaba quieto, sus patitas empezaban a extenderse de nuevo hasta que se levantaban y él las dejaba caminar por toda su mano dando vueltas.

A Owen le gustaba la naturaleza y el campo, pero le gustaba todavía más estar dentro del palacio, leyendo. Los libros le fascinaban, y el efecto que tenían las palabras en sus ojos se parecía mucho a las cosquillas que le hacían las garrapatas cuando caminaban por su mano. Cuando leía, era como si lo transportaran a una tierra de ensueño donde no oía ni susurros ni gritos. Leía todo lo que se encontraba o lo que caía en sus pequeñas manos, y tenía muy buena memoria, se acordaba de todo lo que había leído. Su hambre de libros nunca estaba satisfecha. Sus historas favoritas eran acerca de las hazañas de aquellos que habían sido bendecidos por la Fuente.

Tatton Hall desapareció tras el sonido de los cascos de los caballos. Toda su infancia se desvanecía. Horwath cabalgaba rígido sobre su montura sin decirle nada al niño mientras avanzaban juntos. A cada tanto le preguntaba si tenía hambre o sed o si quería hacer del baño, cuando se detenían para que los caballos descansaran.

El duque no era lo que se dice un gigante. Era mayor que el padre de Owen. Debajo de su capucha de terciopelo negro, su

cabello era grueso y gris, cortado a la altura de la nuca, y con una espesa barba que le hacía juego. Su cara mostraba una expresión severa y adusta que le decía a Owen que escoltarlo a él a través del reino no era algo que estuviera disfrutando, y quería despachar esa tarea lo más rápido posible. El duque permanecía casi en completo silencio al igual que Owen, mientras que los caballeros de su Casa se hacían bromas entre ellos y eran compañeros de viaje mucho más interesantes.

Todos los nobles del reino tenían insignias y lemas. Owen se sentía particularmente orgulloso del de su familia. Lo había visto toda su vida. La insignia de la Casa de Kiskaddon era llamada el Aurum: una línea oblicua color azul brillante decorada con tres cabezas de venado de afiladas cornamentas de oro. La librea de Horwath era roja y llevaba un león dorado con una flecha atravesada en su boca abierta. A Owen no le gustaba cómo se veía esta insignia porque no podía dejar de pensar en el dolor que debía sentir el león. El duque llevaba la placa de la insignia en su túnica, y su abanderado, quien cabalgaba en un caballo detrás de ellos, llevaba una bandera que mostraba la misma imagen para anunciar a todo el mundo quiénes eran y que se mantuvieran alejados. Sabía que algunos caballeros manejaban muy bien el arco y la flecha además de la espada, así que Owen mantuvo la boca cerrada por más de una razón.

El muchacho perdió la noción del tiempo mientras cabalaron. Pasaron varios días. Cada mañana el duque lo despertaba a empujones al amanecer, con el ceño fruncido y lo obligaba a subir al caballo. Owen no hablaba. El duque tampoco. Y así fue durante todo el viaje hasta llegar a Kingfountain.

Cuando Owen tenía tres años de edad, viajó con su familia a la ciudad real de Ceredigion. Había pasado mucho tiempo y él solo guardaba recuerdos muy vagos. Sin embargo, mientras se aproximaban a la ciudad por el camino principal, esos recuerdos empezaron a unirse, de modo que lo que veía le parecía lejanamente familiar.

Kingfountain era impresionante porque había sido construida alrededor de un río muy caudaloso, justo en el punto donde el terreno llegaba bruscamente a la caída de una cascada. Sin importar qué tan altas o bajas estuvieran las aguas, la cascada jamás dejaba de fluir. Había una isla en el centro del río donde habían construido un santuario: Nuestra Señora de Kingfountain. Enormes rocas emergían de la cascada, algunas con árboles largos y delgados que de alguna manera habían sujetado sus raíces a pesar de la espumosa caída de agua.

Owen sabía que el edificio llevaba aquel nombre gracias a antiguas leyendas, pero ninguna de sus lecturas había sido capaz de explicar con suficiente detalle lo que él quería saber. Los libros que leía para saber más sobre el tema estaban llenos de caballeros, batallas y reinos que ya no existían. Además estaban escritos en un estilo muy rebuscado y extenso que resultaba demasiado aburrido para mantener su interés. El santuario tenía dos fuertes torres y una serie de arcos que se alzaban sobre la concha trasera del edificio. El pie de los arcos estaba siempre inundado, lo que hacía que el santuario fuera una réplica de la misma cascada. En uno de los bancos del río yacía la ciudad, con sus tejados en forma de cuña y sus chimeneas humeantes. El balar de las cabras, las pisadas de los bueyes y las ruedas de las carretas apenas se alcanzaban a percibir más allá del constante rugido de la cascada. En el otro banco del río, en tierras más altas, se encontraba el palacio, que hacía que Tatton Hall pareciera un juguete si se les comparaba.

Un puente de piedra conectaba el palacio con la isla y muchos puentes de madera conectaban la isla con la orilla del río y con el resto de la ciudad. La vista de la ciudad quitaba el aliento. Owen se mantuvo inclinado sobre su montura para verlo todo. El estruendo de la cascada se podía oír desde muchas millas antes. El constante batir de olas sonaba como una tormenta perpetua.

El palacio había sido construido sobre una verde colina llena de tupidos árboles, y tenía muchos niveles y capas, con muros

rematados en afiladas almenas. Había docenas de torretas desde las que ondeaban los pendones reales. Owen pudo ver jardines y árboles que crecían sobre algunas porciones de los muros de piedra y, ante su joven mirada, le parecía que el castillo debía tener miles de años, aunque la fachada estaba libre de hiedra o enredaderas. Era evidente que recibía meticulosos cuidados.

Así que esta sería su nueva casa. El rey había llamado a Owen a vivir en el palacio como su pupilo. También Jorganon, su hermano mayor había venido a vivir a Kingfountain, pero ahora estaba muerto. ¿Por eso su madre y su padre lloraron tanto cuando él se fue? El palacio no se sentía como su casa, se sentía como un monumento, como una reliquia de muchas eras, como un lugar peligroso.

Conforme entraban en la ciudad fueron anunciados por trompetas en el puente, y Owen se encontró con la mirada de cientos de extraños. Algunos lo miraban con lástima, lo que lo hizo sentir todavía más incómodo y retraído. Sepultó el rostro en la capa del duque para esconderse.

Los cascos de los caballos resonaban contra las piedras de las calles mientras atravesaban la ciudad. También estaba el omnipresente sonido de la cascada. A cada tanto, Owen descubría su rostro y miraba las tiendas, los enjambres de gente que lo cubrían con sus miradas. Era incapaz de comprender el descomunal tamaño del palacio. Sus sentidos estaban sobrepasados, ofuscados por el ruido y la confusión. Intentó contener sus emociones, pero pronto se soltó a llorar. Su corazón se rompió de tristeza de que nadie de su familia estuviera ahí para protegerlo. ¿Por qué lo habían elegido *a él* para ir a Kingfountain? ¿Por qué no a uno de los otros?

Horwath se dio cuenta de los sollozos del niño después de un rato y se dio vuelta en la montura para mirarlo.

—¿Qué es lo que pasa, muchacho? —preguntó con un gruñido, arrugado el mentón y el ceño fruncido.

Owen lo miró a los ojos, temeroso de decir cualquier cosa, de revelar sus verdaderos sentimientos. Él trató de reprimir su llanto,

pero fue peor. Sintió que grandes gotas de agua escurrían por sus mejillas. Se sentía miserable y solo. Todo lo que había ocurrido los últimos días parecía una pesadilla y empezaba a darse cuenta de que esa pesadilla era su nueva vida.

El duque llamó a uno de los caballeros:

—Tráele un panecillo al muchacho, ¿quieres?

—Sí, mi señor —dijo el caballero y se adelantó cabalgando.

26 Owen no quería un panecillo. Quería volver a Tatton Hall. Sin embargo nada hubiera podido convencerlo de decir esas palabras. Temblaba violentamente, agarrado de la capa del duque, sintiéndose enfermo hasta los huesos mientras miraba la flecha encajada en las fauces abiertas del león de la insignia. El caballo continuó su paso lento hasta que el caballero regresó y le ofreció a Owen un panecillo pálido con pequeñas semillas oscuras. Aunque no lo quería, él lo aceptó sin decir gracias y lo sujetó con fuerza. Era suave y más grande que su mano. El aroma dulce que provenía de él le recordaba la cocina de su casa. Pronto se calmaron sus resuellos de llanto y se talló la nariz húmeda y roja con la manga de su camisa. El panecillo siguió tentándolo y él finalmente sucumbió y le dio una mordida. El pan era suave, como de pastel y las semillas crujieron entre sus dientes. Nunca antes había probado ese tipo de pan, pero era delicioso, así que lo devoró.

Llegaron a uno de los puentes que conducía al santuario, y Owen se sintió nervioso al atravesar un puente que cruzaba aquel río tan caudaloso. ¿Y si el puente se vencía en el momento en que ellos iban pasando y la cascada los arrastraba a una muerte segura? La fuerza del río golpeaba contra el puente de madera y provocaba una sensación de vértigo que se revolvía en el estómago de Owen a la par del panecillo que se había comido. El niño se sujetó fuerte de la capa del duque y se concentró en el sonido de los cascos del caballo.

Aunque llegaron a la isla del santuario, no tuvieron necesidad de entrar al templo y pisar suelo sagrado. Muchos hombres se re-

unieron alrededor de los patios de la Fuente del santuario y algunos se recargaron contra las puertas para ver la entrada del duque. Eran hombres desaliñados, un manojó de mendigos que miraban a Owen con malicia y curiosidad. Él ocultaba su rostro en la capa del duque y desde ahí los veía con temor.

Cruzaron rápidamente la pequeña isla y fueron directo hacia la roca del castillo. Las torres eran muy altas y acabadas en punta. Owen pensó que reventarían las nubes más bajas como si fueran burbujas. Las ondulantes banderas mostraban ambas el emblema real de los leones de Ceredigion, y el emblema del rey: la placa que siguió utilizando después de ocupar el trono, el jabalí blanco. Owen siempre había visto a los cerdos como animales amigables y le gustaban. Sin embargo, aquella imagen de un porcino con grandes colmillos retorcidos sobre un fondo negro le hizo sentir escalofríos.

—Casi llegamos, muchacho —dijo el duque con un gruñido.

El caballo siguió atravesando el puente hasta que llegaron a una colina no muy inclinada. Las murallas del palacio parecían más amigables que ofensivas, pero el efecto se arruinaba por la presencia de los pendones con los jabalíes. A lo lejos se distinguía una torre, más esbelta que las demás, parecida a un cuchillo, y al verla Owen se sintió sobrecogido.

Llegaron hasta el puente levadizo, atravesaron el portal y entraron al palacio. Era la Corte del rey. No se encontraba en el corazón del reino. Al menos eso era lo que Owen había podido ver al estudiar algunos de los mapas en los viejos libros de su padre. Estaba más bien al este, donde el río arrojaba sus aguas al océano, a muchas leguas de distancia. Los barcos podían navegar por el río hasta un punto determinado, y luego los cargamentos debían ser transportados a lomo de mula por escarpados senderos hasta la ciudad. El castillo estaba defendido por el caudal, por las montañas, por la Fuente misma, según contaban las leyendas.

Los mozos de cuadra se llevaron sus caballos y Owen se vio caminando solo por un extenso corredor. El parpadeo de las

antorchas ayudaba a disipar un poco la oscuridad. No había muchas ventanas, y el palacio era oscuro y frío, a pesar del viento tibio de verano que corría afuera. Owen observaba los pendones, los tapices, olía el aroma del aceite quemándose, así como el olor de las pieles y los metales. Caminaba al lado del duque con el estómago hecho un nudo de miedo. Había caminado por ese mismo corredor cuando era más pequeño, casi un bebé. Resultaba extraño que pudiera recordarlo. Sabía que se acercaban al gran salón.

Un hombre muy alto se les acercó desde atrás, alguien mucho más joven que el duque, que tenía el cabello café oscuro y vestía una capa negra. Estaba vestido con una túnica negra con barras plateadas en las mangas, decoradas con gemas. Caminaba con la urgencia de los que siempre tienen prisa. Llevaba la barba recortada y, aunque era más alto que el duque, no se le comparaba en talla ni en fuerza.

—¡Ah, Stiev! Supe que habías llegado cuando oí las trompetas. Por aquí, por favor, por aquí. El rey ya viene, ¡debemos darnos prisa!

—Ratcliffe —dijo el duque con un ligero movimiento de cabeza. No alteró el ritmo de su andar, aunque la prisa que mostraba el hombre hizo que Owen deseara caminar más rápido.

Ratcliffe se talló las manos al comentar ansioso en voz baja:

—Gracias a la Fuente que logramos sobrevivir a la batalla. Hubo un momento en que dudé que lo lográramos, a decir verdad. ¿Así que este es el vástago de Kiskaddon, eh? —lanzó a Owen una mirada desdeñosa—. Eligieron al más pequeño de todos. Como si eso sirviera de algo. El rey está vuelto una furia, como se podrá imaginar. Todavía siente dolor en la pierna por la herida de la batalla. Los médicos dicen que ya está sanando, pero ya sabe usted lo difícil que es que el rey se quede quieto. Quisiera persuadirlo de que dejara de andar de aquí para allá, que descanse, para que la herida sane adecuadamente... ¿Y qué noticias trae de Westmarch?

La expresión de Horwath no cambió un ápice mientras continuaba caminando.

—Se las diré al rey en la Corte —dijo cortante.

Ratcliffe frunció el ceño y su nariz se dilató al decir:

—Muy bien, como usted quiera. Guarde sus secretos. El rey me ha concedido permiso para reclutar más espionaje. Si la esposa del panadero se queja del rey durante el desayuno, yo lo sabré antes del anochecer... Ah, llegamos.

Hizo un gesto grandilocuente para presentarlos ante el gran salón.

Cuando entraron a la gigantesca bóveda que se abrió delante de él, Owen por poco tropieza con la orilla de la alfombra. Miraba los enormes pendones que colgaban de lo alto de los muros, el alto techo que sostenía una celosía de madera y las ventanas grises, que dejaban pasar un poco de luz al interior, pero no la suficiente para crear un ambiente confortable y luminoso. Unos cuantos sirvientes corrían alrededor de la sala llevando charolas y garrafas de vino. Un enorme fuego ardía en la chimenea. Cuatro fuentes daban vida a las esquinas del trono que en ese momento se hallaba vacío.

—¿Dónde está el rey? —preguntó Horwath.

—¡Ya viene, ya viene! Somos nosotros los que esperamos, no él.

Ratcliffe parecía estremecerse de la emoción, como si estuviera a punto de comer su tarta favorita. Owen lo miró con temor, medio escondido tras la capa del duque Horwath. De pronto se oyó un sonido de botas, pero el paso era desigual y vacilante. Owen se hundió más tras la capa del duque, mirando cómo uno de los sirvientes se disponía a abrir la puerta. Una trompeta alzó su cuerno y sonaron unos cuantos tonos estridentes para anunciar la entrada del rey Severn Argentine, el vencedor de la Batalla de Ambion Hill.

El temido soberano de Ceredigion.

Y todos los que estaban en el salón se pusieron de pie en muestra de respeto.



Eredur, el hermano mayor del rey —antes de morir—, era un hombre apuesto y amable. Fuerte y valeroso y, en honor a la verdad, hay que decirlo, atento a la belleza de las damas. Era el mayor de cuatro hijos, dos de los cuales están ahora muertos. El rey Severn es el menor, el último sucesor de su noble casa, la cual ha reinado durante siglos. Nació torcido como la raíz de un roble. Igualaba a su hermano mayor en fuerza y valentía, pero no en sus cualidades más sensibles. Dicen que la lengua del rey está más afilada que su daga. Yo, que he sentido su filo, concuerdo.

Dominic Mancini



TRES

EL REY SEVERN



Una sombra eclipsó brevemente la luz de las antorchas cuando el rey entró cojeando al salón. Lo primero que Owen vio fue la sombra del rey proyectada en el piso. Sus ojos se agrandaron llenos de miedo. Así que ese era el hombre que lo había mandado llamar a Kingfountain. Este era el rey a quien tanto temían todos.

El rey Severn avanzó a grandes zancadas, arrastrando los pasos. En su rostro se dibujaba una mueca de dolor o de rabia, o de ambas. Lo primero que impactó a Owen fue la negrura de su atuendo: unas largas botas con una hilera de hebillas a cada lado, y dos listones con remates de oro anudaban ramilletes de muérdago. La túnica de cuero negro estaba bordada con terciopelo y seda, y debajo asomaba un chaleco negro con una cadena que tintineaba ligeramente con el bamboleo de su andar. Un grueso collar de oro ayudaba a denotar su rango. Llevaba gruesos brazaletes de cuero negro, y sus manos contraídas en puño mostraban fuertes

tendones. Una de sus manos sujetaba la empuñadura de una daga enfundada en su cinto. Una capa delgada y negra ondeaba a sus espaldas al caminar, mostrando la joroba de su espalda y sus hombros torcidos, que hacían que su marcha fuera irregular, pero demasiado rápida para tratarse de alguien deforme.

Hizo una seña al trompetista con gesto de molestia, como si el sonido de la trompeta le lastimara los oídos. Subió al estrado con paso pesado y dificultoso, y se dejó caer en el trono.

En su postura real uno fácilmente podía pasar por alto que uno de sus hombros estaba mucho más arriba que el otro. La pose que adoptaba en el trono lograba ocultar casi por completo su malformación, sobre todo por la manera como descansaba el codo en el descansabrazos y se sostenía el mentón entre el índice y el pulgar. Su cabello era largo y oscuro, sin una sola cana, lo llevaba sujeto por una capucha negra, con una perla que colgaba de la insignia real. Por alguna razón, Owen esperaba que el rey tuviera la barba y el cabello grises, pero Severn no tenía ninguna de las dos cosas. Su rostro hubiera podido ser bien parecido, de no ser por la constante expresión de ira que atravesaba cada uno de sus rasgos. En un respiro, soltó el aire de sus pulmones y dio un vistazo a quienes estaban frente a él.

—Su Majestad —dijo Ratcliffe inclinándose con una reverencia

Lord Horwath agachó la cabeza y se inclinó ligeramente sobre su pecho.

—¡Fuera! —rompió el rey con un gesto de desprecio hacia los sirvientes que se aproximaban a él con charolas de plata. Los sirvientes se alejaron a prisa y despejaron el salón.

El rey clavó su mirada en el duque y hasta entonces pareció notar la presencia de Owen, encogido tras la capa. Al sentir que aquellos oscuros ojos caían sobre él, su estómago dio un vuelco. No hubiera podido hablar de lo aterrado que estaba.

—Así que ella nos envió al más pequeño de sus hijos —dijo con tono burlón. Sus labios se retorcieron en un gesto de desprecio,

luego de lo cual murmuró como para sí—: Eso sorprende. Bueno, su jugada está hecha, ahora es mi turno.

Se retorció en el trono conteniendo un resuello y haciendo un gesto de profundo dolor. Apoyó su mano izquierda en la empuñadura de la daga, hizo el gesto de sacarla, pero la regresó a la vaina. El movimiento sobresaltó a Owen todavía más.

—Horwath se sorprendió al saber que usted está en pie y caminando, señor —dijo Ratcliffe con voz complaciente—. Es evidente que las heridas todavía le causan mucho dolor.

—No he venido al trono para que me adulen y me halaguen —interrumpió el rey con severidad—. Hubiera dejado la pierna en Ambion Hill y me hubiera arrastrado hasta Kingfountain. No necesito niñeras, lo que necesito son hombres de verdad. Mis enemigos cayeron. Todos, excepto uno —lanzó a Owen una mirada llena de odio y el niño temió por su vida—. ... ¿Cuál es tu nombre, muchacho?

Owen no pudo abrir la boca. Sabía que no podía hacerlo. Permaneció temblando frente al rey. Sentía su lengua tan seca como si fuera de arena.

El rey frunció el ceño con disgusto mientras esperaba una respuesta que no podían pronunciar los labios del niño. Owen se sintió mareado por el terror. Sus músculos estaban congelados y sus piernas estaban tan paralizadas como su boca.

—El muchacho se llama Owen —intervino Horwath con voz grave—. No lo he oído pronunciar media palabra desde que dejamos Tatton Hall.

—¿Con que eres mudo? —dijo el rey Severn con una risilla oscura—. Eso le vendrá muy bien a la Corte. Ya hay demasiado ruido aquí —volvió a retorcerse dolorosamente en el trono—. ¿Cómo se tomaron la noticia en Tatton Hall, Stiev?

—Con gran pesar, como bien podrá imaginarse —dijo pausadamente Horwath.

El rey soltó una leve carcajada.

—Ya me puedo imaginar —volvió a mirar a Owen—. Tu hermano mayor fue arrojado a la cascada por culpa de tu padre, que no quiso mantener su lealtad hacia mí. No quiso morir en batalla, con honor, como lo hizo el hijo de este noble duque.

Sus padres ya le habían hablado a Owen acerca del destino que sufrió su hermano mayor, de modo que el niño se estremeció al imaginar a Jorganon cayendo por la cascada, atado a una canoa. Esa era la forma de ejecución que se usaba en el reino. Aunque el muchacho nunca lo hubiera visto con sus propios ojos, le pareció horrible que le hubiera sucedido a uno de los miembros de su familia.

—Era su yerno —añadió con malicia Ratcliffe.

El rey le dirigió una mirada de desprecio a su sirviente.

—¿Crees que esa diferencia me importa, Dickon? El esposo de su hija murió en Ambion Hill, y aun así él cumplió con el deber de escoltar a este mocoso en lugar de regresar a su casa a confortar a su hija y a su nieta. Su deber... —susurró con voz ronca y alzando el índice como una vara—. Su deber está más allá de todo. Y por eso confío en él, Ratcliffe. Por eso confío en ustedes dos. ¿Recuerdan aquella copla que le compusieron al duque la tarde de la batalla? *Stiev del norte es de armas tomar, por su amo Severn se deja comprar*. Uno de sus enemigos le dejó esa nota en su tienda. Probablemente fue el padre de este mocoso. Querían nublar su razón, infundirle miedo. ¿Recuerdas qué fue lo que hizo Stiev, Dickon?

Ratcliffe cruzó los brazos sobre su pecho. Parecía molesto.

—Cualquiera pudo haber dejado aquella nota, mi señor. Es algo que todavía estoy investigando...

—¿Acaso importa ahora, Dickon? —dijo el rey con furia—. A mí me da lo mismo. Pudo haber sido uno de tus espías. Pudo haber sido el que puso veneno en el vaso de la reina. Horwath de inmediato me entregó la nota. Con la misma frialdad de los hielos de los glaciares del norte de donde viene, y donde él seguirá reinando hasta siempre jamás. El deber. La lealtad. Esas son gemas que valen más que el oro.

El rey se inclinó hacia adelante y volvió a hacer el gesto de sacar la daga para mostrar el filo y volver a guardarla en la funda. Cada vez que lo hacía, Owen se contraía de miedo.

—También yo estuve en Ambion Hill —dijo Ratcliffe con un leve tono de queja—. De hecho fue uno de mis espías quien descubrió la deserción mientras que la batalla estaba en su apogeo.

La boca del rey se retorció en una maligna sonrisa.

—No olvidaré ese apreciable servicio, amigo mío. Tú has sido leal, y por eso te he confiado el cuerpo de espionaje, pero no he olvidado que algunos de esos espías han intentado asesinarme —le dijo con desprecio—. En cambio Horwath siempre me ha sido fiel.

La cara de Ratcliffe enrojeció de ira.

—¡No me parece justo que me eche en cara esas culpas, mi señor! En ese entonces yo todavía no estaba a cargo del espionaje. Era su propio chambelán, y usted mismo lo mandó arrojar a la cascada por esa ofensa.

—Sí, lo hice. Estaba enojado —replicó el rey volviendo a reclinarse en el trono—. Aunque debí haber celebrado un juicio —se pasó la mano por el frente de su túnica y el brazalete resplandeció con la luz de las antorchas—. Ah, pero aquellos eran tiempos de oscuridad. La traición acechaba en cada rincón. Mi hermano Eredur mantenía las cosas tambaleantes, pero al morir todo se derrumbó —su rostro se suavizó ligeramente con la memoria de su hermano como si aún padeciera su muerte, pero después su expresión se endureció más al mirar de nueva cuenta a Owen—. Tú eres mi rehén —dijo con tono cruel—. Tú eres el juramento de lealtad de tu familia. Tu hermano mayor fue mi rehén antes que tú y ahora está muerto. Si tu madre piensa que puede mandar un niño para pagar por su desobediencia —el gruñido de cólera hacía que su voz se desvaneciera en su garganta—... es porque no comprende la determinación y el rigor de su rey. Ahora tú eres mi pupilo, Owen Kiskaddon. Debes hacer lo que yo te ordene. Permanecerás en el palacio —hizo un gesto con la mano abierta

para señalar el enorme salón—, este será ahora tu hogar. Arroja monedas a la Fuente, muchacho, para pedirle que tu padre me sea fiel —su gesto se retorció con furia—. Estuve a poco de condenar a tu padre en Ambion, pero he aprendido a ser paciente —chaseó la boca y torció una maliciosa sonrisa—. Pero ten por seguro que probaré a tu padre, muchacho. Esperemos que valore tu vida más que la de tu hermano. Ratcliffe, tú te harás cargo de cuidar al muchacho. Encuéntrale una niñera y una institutriz. Quiero verlo cada día en el desayuno con los demás muchachos. Sin falta.

Owen estaba completamente desconcertado, demasiado asustado para comprender todo lo que el rey le había dicho, pero una cosa le quedaba clara: que la cuestión era mucho más complicada de lo que sus padres le habían explicado. Ellos le habían dicho que el rey lo había mandado llamar a servir al palacio como su pupilo. Él ahora se daba cuenta de que estaría asignado a otro hombre, a quien era evidente que no le gustaban los niños. Le habían dicho que no tuviera miedo, porque habría mucha gente amable en el palacio. Esa era otra mentira. Estaba confundido y asustado, pero sobre todo extrañaba enormemente su hogar.

—¿Cómo? ¿Ahora el niño es mi problema? —repuso Ratcliffe con evidente decepción—. ¡Creí que Howarth se haría cargo!

El rey miró hacia lo alto como en busca de paciencia entre las vigas del techo.

—¡Él es el duque del norte, Dickon! Su yerno está muerto y debe ir a confortar a su hija y a sus nietos. Ganamos la batalla, es verdad, pero no voy a descansar hasta que no tengamos paz durante una estación completa. ¡No he tenido nada además de calamidades durante estos dos años! —su voz resonó como un trueno y él quiso levantarse del trono, pero casi de inmediato volvió a sentarse, probablemente por el dolor de la herida en su pierna—. Está bien, tú supervisa el cuerpo de espionaje. Pero entonces elige a alguien que vigile al muchacho y eso es todo lo que voy a decir. Por el Santo Velo.

La expresión de Ratcliffe era negra de furia, pero permaneció en silencio. El rey volvió a quejarse del dolor en su pierna, se retorció en el trono y apretó los labios.

Owen sintió una mano grande sobre su hombro. Miró hacia arriba y vio que la mano pertenecía a Horwath, quien lo miraba de manera compasiva sin decir nada.

Ratcliffe se contuvo, aunque todavía con la rabia de la repri-menda, y dijo con voz llena de sarcasmo:

—Muy bien, mi señor. Permítame entonces encontrar una nodriza para este bebé.

Owen ya no era un bebé, aunque para su propio horror las lágrimas brotaron de sus ojos sin que él pudiera impedirlo y empezó a llorar en silencio. Apenas había comenzado a confiar en Horwath, pero él se iría lejos, al norte del reino y ahora su cuidado estaría en manos de Ratcliffe, quien era exactamente el tipo de persona impaciente y bulliciosa que más atemorizaba a Owen. Sus propios padres lo habían dado como rehén a un rey capaz de mandar a azotar incluso a sus más allegados sin el menor reparo.

—¿Está llorando? —dijo Ratcliffe con disgusto—. Bueno, más aguas para la Fuente. Seca tus lágrimas, niño. Vamos... ¡Para ya!

El pequeño corazón de Owen se hacía pedazos y evitar que sus lágrimas fluyeran hubiera sido tan imposible como detener las aguas de la cascada que se precipitaba fuera del palacio.

—¡Que pares, te ordeno!

—¿Qué es lo que tiene que parar, señores? ¿Qué es todo este escándalo? —irrumpió una voz femenina en la sala del trono—. Están asustando a esta pobre criatura.

Owen volteó para mirarla, pero sus ojos estaban inundados de llanto y no pudo ver más que una cortina de cabello dorado. Ella se arrodilló frente al niño y sacó un pañuelo con el que secó las lágrimas de Owen. Luego quitó la mano de Horwath del hombro del niño y puso en su lugar su propia mano. Entonces pudo enfocar la imagen y ver más claramente: era una muchacha un poco mayor

que Jessica, la hermana mayor de Owen. Sus ojos eran verdes con destellos azules y tenía la cara más hermosa que él jamás hubiera visto.

De todas las leyendas de Ceredigion, la de Nuestra Señora de la Fuente era la más difundida. Aquella muchacha le sonreía con amabilidad y lo miraba a los ojos con compasión y ternura como si fuera la mismísima encarnación de Nuestra Señora: una mujer de sabiduría, compasión y de una consumada gentileza, capaz de hacer que incluso el más aguerrido caballero cayera sobre sus rodillas solo con el poder de su presencia. Al igual que en la leyenda, el recién llegado sintió cómo la calma se cernía sobre él y dejaba atrás el desconsuelo que momentos antes acongojaba su corazón.

—Tío —dijo la dama dirigiéndose al hombre en el trono—, permite por favor que me lleve al muchacho a la cocina por un pastelillo de miel, mientras Lord Ratcliffe hace los arreglos correspondientes. Con tu permiso...

Cuando Owen levantó la vista hacia el rey, se sorprendió muchísimo al ver al cambio en su comportamiento. Su arrebato de furia se había suavizado y el fuego de su mirada se había extinguido con solo ver a su sobrina. La mano que descansaba sobre la empuñadura de su daga se había relajado, aunque sin retirarla. El ceño fruncido dio paso a una sonrisa breve y calmada.

—Si así lo deseas, Elyse... —dijo, e hizo un gesto de aprobación para despedirlos a ambos.

—Toma mi mano —dijo la dama, y le ofreció su mano al ponerse de pie.

Owen se sujetó de aquella mano con avidez, y sintió el alivio del suave tacto de sus dedos. El vestido de Elyse estaba hecho de la más fina seda color lavanda y azul, con una capa blanca y peto bordado en oro.

Owen volteó hacia el duque como queriendo agradecerle, pero aún incapaz de pronunciar palabra. Le dolió permanecer en silencio.

El duque miró fijamente a Owen a los ojos. La expresión de aquel hombre entrado en años era indescifrable para alguien tan pequeño como Owen. Su espesa barba ayudaba a ocultar la línea que trazaba su boca. Hizo un movimiento de la cabeza, como en gesto de despedida. Owen había abandonado la protección de su pesada capa, para seguir a la dama fuera del salón del trono.

CUATRO

LA COCINERA Y EL MAYORDOMO



wen sonrió al ver la cocina del palacio. Aquella era la primera sonrisa que se dibujaba en su rostro desde que salió de su casa. Al igual que la cocina de Tatton Hall, era bulliciosa y llena de gente. Resultaba interesante estar ahí. Había ganchos en lo alto de los candeleros, de donde colgaban embutidos y carnes. Había mesas cubiertas de pescados, otras con montañas de verduras, y una alacena cubierta donde se apilaban montones de especias. El techo estaba abovedado y había por todas partes sillas y bancos y mesas repartidos. Los sirvientes iban y venían apurados, llevando garrafas de vino, platos de pan y queso. Incluso el suelo era interesante, con sus azulejos en forma de diamante. Afuera se oía el crujido de las ramas de los pinos, pero dentro, el piso estaba liso y limpio. Owen pensó que sería perfecto para jugar a enfilar fichas y derribarlas.

—¡Estás sonriendo! —dijo Elyse con un brillo de alegría en su voz y sujetando tiernamente la mano del niño—. ¿Te gusta la cocina?

Él asintió con vigor y observando a la mujer que sacaba del horno tres hogazas de pan con una pala de madera. La cocina estaba en el segundo piso del palacio, de modo que había gruesas columnas aquí y allá que sostenían la enorme construcción, pero había también grandes ventanas que dejaban entrar la luz y el aire, lo que le daba al palacio un brillo y un aspecto muy diferente al del salón del trono.

Elyse lo llevó entre criados y sirvientas hasta la mujer que estaba cerca del horno, quien había puesto tanto la paleta como la hogaza sobre una encimera de ladrillo.

La mujer era de baja estatura, su cabello castaño rojizo escapaba de la cofia y llevaba puesto un delantal manchado de harina. Tenía una pequeña cicatriz en la mejilla, pero cuando se dio la vuelta y vio a la princesa, sus ojos brillaron llenos de alegría.

—¡Benditos los ojos, princesa! Cada día usted está más hermosa. Su madre también a su edad también era hermosa, pero usted lo es aún más. Pero venga acá, muchacha, venga y dele un abrazo a esta vieja cocinera.

La princesa Elyse era mucho más alta que la cocinera, pero se inclinó para abrazarla con mucho afecto antes de arrodillarse al lado de Owen. Ella acarició el rebelde cabello del niño, lo tomó de los hombros con sus manos como si lo presentara ante una audiencia oficial:

—Liona, él es Owen Kiskaddon. Es nuestro huésped en el palacio y se quedará con nosotros.

La expresión de la cocinera se alegró todavía más.

—¡Pero si es el hermano pequeño de Lord Jorganon! ¡Tan grande y tan guapo también! —dijo amorosa, tocando delicadamente su barbilla—. Debes tener como diez años, ¿no es así?

Owen sintió un placentero bochorno en sus mejillas y sacudió la cabeza para decir que no.

—Solo tengo ocho años.

—¡Ocho años! Eso sí que resulta una sorpresa, nunca lo hubiera imaginado. ¿Quieres comer un pastelillo de miel, señorito Owen?

Él sonrió y asintió con cautela. La cocinera le hizo un guiño y le indicó que lo siguiera. Levantó la tapa de un jarrón de barro y sacó un panecillo redondo y plano, con un símbolo de numeral marcado en él. Se lo ofreció y luego le entregó otro a la princesa.

Owen le dio una mordida al pastelillo, y de inmediato supo que iba a querer otro. El pan era muy suave y delgado, crujiente por fuera y masticable por dentro. Sabía a miel y a melaza y había otro sabor raro que no alcanzaba a distinguir. Se lo comió con vehemencia, viendo a su alrededor la agitación de la cocina, gente que llevaba grandes peroles de sopa, trozos de carne cruda, sirvientes pelando zanahorias y papas, limpiando y troceando calabazas y cebollas.

—¿Cómo se encuentra su madre, la reina? —preguntó Liona a Elyse bajando la voz.

—Ella está bien, gracias —respondió Elyse sonriendo con amabilidad—, pude verla ayer en el santuario.

—Echo de menos a Su Majestad —confesó Liona con un dejo de tristeza—. Este solía ser un bello palacio, con fiestas y bailes y tantos cumpleaños para celebrar. El castillo se ha vuelto francamente sombrío desde que el rey vino del norte. Por eso me niego a cerrar las ventanas. Necesitamos más luz. Hasta las flores palidecen cuando les falta el sol.

Sus palabras hicieron que Owen volteara hacia la ventana más próxima, en lo alto. A través de ella pudo ver que se alzaba una de las delgadas torres del castillo. Era la torre que se le había figurado una daga. Se preguntó si era ahí donde dormía el rey. Un estremecimiento recorrió su espalda al ver la torre acechando desde tan alto. Antes de que se diera cuenta ya se había terminado su pastelillo de miel.

—Dios mío, pero qué buen apetito tienes —dijo Liona. No era mucho más alta que él, y le gustaba que así fuera. Le agitó el cabello—. ¿Qué es esto que tienes en el pelo? ¿Es harina?

La mujer tocó el mechón de pelo blanco en el costado de su cabeza y él se inclinó para esquivarla.

—Yo también lo vi —dijo la princesa—. Es solo un pequeño lunar, un mechón de pelo blanco... como la nieve. Imagino que cuando le crezca el cabello apenas se le notará.

El propio Owen no pensaba mucho en eso, pero la gente siempre lo notaba y lo señalaban. Era solo un mechón, ¿qué había de extraño en tener un lunar blanco como aquel?

La princesa apoyó su mano sobre el brazo de la cocinera.

—¿Está bien si se queda aquí con usted un momento? Cuando llegué al salón todo mundo estaba gritando y puedo suponer que estaba muy asustado.

La cocinera sacudió la cabeza.

—Gritando frente a este jovencito. ¡Es el colmo de la falta de modales! Owen, tú puedes venir a mi cocina siempre que quieras. Tu hermano siempre fue bienvenido aquí. Si alguien quiere reprenderte, bueno, yo lo voy a reprender primero. ¡Así sea el mismísimo rey! Nunca hagan enojar a la cocinera, porque la leche se les hará agria. Puedes venir aquí si te sientes asustado o solo, ¿entendido, Owen? ¿Vendrás a verme?

El niño sonrió y miró la cocina, los arcos, las ollas colgando de las clavijas.

—Me gusta aquí —dijo con voz tímida, sintiéndose mucho más calmado ahora, lejos de la furia del rey. No quería volver a verlo, aunque sabía que diariamente iba a tener que compartir el desayuno con él.

La princesa se agachó junto a él. Sus ojos mostraban una mirada seria y le acarició la cara como si lo conociera desde siempre.

—Liona te cuidará. Yo iré a ver al maestro Ratcliffe para ayudarle a elegir a tu institutriz —le sujetó levemente el brazo—. Yo

voy a cuidarte, Owen. También Liona. Hay muchos todavía que permanecemos... fieles.

Vaciló antes de decir en voz muy baja esa palabra. Luego se puso de pie y los colores de su vestido resplandecieron con la luz, los rayos volvieron radiante su cabello dorado. Parecía como si fuera la reina misma.

—Gracias —murmuró Owen mientras la contemplaba.

Liona levantó la nariz y volteó hacia el horno.

45

—La siguiente ronda de panes casi está lista. Uno puede saberlo por el olfato. Voy a revisar. Princesa, no tema, hay muchos de nosotros aquí, él no se sentirá oprimido —lanzó una mirada intrigante a Owen y le dijo—: Mi esposo es el leñador del castillo —dijo en tono misterioso—. Él conoce a los caminos que rodean el palacio y creo que le gustaría tener a alguien que lo acompañara en sus excursiones por la colina. Él es quien debe decidir cuáles de los árboles del rey conservar, y cuáles cortar para hacer leña. Ahora mismo él anda allá afuera, en el bosque. De otro modo lo encontrarías aquí, con una jarra de cerveza y los pies sobre un barril, y mi cocina está limpia, como puedes ver. Él sabe que debe mantener sus sucias botas allá afuera. Déjame darte otro pastelillo de miel.

Ella volvió a hacerle un rápido guiño y de nuevo destapó el jarrón para hacerlo. Llegó entonces una muchacha que le ayudó a sacar los panes del horno.

—Gracias, Liona —dijo la princesa.

—Usted sabe que con gusto hago lo que sea por la familia de Su Alteza —respondió la cocinera, con mirada seria y gesto adusto. Abrazó de nueva cuenta a Elyse.

—Ahora debo ir a encontrar una institutriz adecuada —dijo la princesa, agitando el pelo de Owen por última vez.

La cocinera miró con nostalgia a la princesa mientras se alejaba, pero tan pronto como ella se fue, la expresión de su rostro cambió de nostálgica a fastidiada. El corazón de Owen se ofuscó. ¿Acaso todo había sido una actuación?

—Aquí viene este señor... —dijo Liona con un resuello de hartazgo—. Es capaz de agriar hasta un pudín. Es el mayordomo del rey, el maestro Berwick. Es del norte, Owen. Algunos de los hombres que vienen de allá no son confiables. Pobre de tu padre, lo compadezco, de verdad. Hice una promesa y voy a cumplirla. Voy a cuidarte, niño. Tú siempre podrás venir a refugiarte a la cocina —dijo con una sonrisa y un suspiro.

El sonido de unas botas llamó la atención de Owen y lo estremeció. Un hombre viejo, arrugado y correoso entró dando fuertes zancadas y resoplando. Se acercó a Liona. Era muy alto y tenía una gran barriga, su piel era oscura y correosa. Tenía la cabeza calva y punteada de manchas, pero conservaba una franja de cabello grueso y rizado alrededor de sus orejas y su cuello. Vestía una librea real, negra con dorado, y con la insignia del jabalí.

—Mira, nomás —dijo a Liona con tono despectivo—, ¿de ociosa justo antes de la cena?

Owen siempre había tenido problemas para entender el acento de las personas del norte, era como si tuvieran mucha prisa por decir lo que están diciendo y se comieran las sílabas.

—¿Aquí estaré lista la tarta de huevo de codorniz para mi amo? ¿O todavía no l'as empezado a hacer?

—¿No tienes algo mejor que hacer, Berwick, que venir a molestar a mi cocina? —dijo Liona con gesto de disgusto.

—No lo haría si t'apuraras un poco. El amo n'es un hombre paciente ni le gustan los holgazanes.

—¿Me estás llamando holgazana? —preguntó ella, con la voz llena de dureza—. ¿Tienes idea de cuánto trabajo toma alimentar a un palacio de este tamaño? ¿Sabes cuántas hogazas de pan hacemos en un solo día?

—Quinientas seis —dijo con tono burlón—. Llevo la cuenta de los costales de harina. Sé cuántas claras y cuántas yemas de huevo se usan aquí. Soy el mayordomo del rey y llevaba la administración de su castillo en el norte...

—¡Que era mucho más pequeño, debo recordarle, Berwick!

Owen se quedó mirando atentamente al mayordomo. Olía a algo extraño que no podía identificar, como a col hervida. Su mirada llamó la atención del hombre.

—¿Y de quién es este crío? ¿Es otro lamentable caso de un padre que no quiere trabajar?

—Él es el hijo del *duque* de Kiskaddon —dijo Liona, acercando a Owen hacia su delantal—. Como verás, no es un “crío”. Tiene sangre noble.

El mayordomo miró a Owen, sorprendido.

—¡Ah! El mocoso Kiskaddon. ¡Qué lástima me da! Su hermano acabó en el río.

—Es pupilo del rey, no tienes motivo para sentir lástima por él —replicó Liona.

—Pupilo... —el mayordomo bufó—. No lo creo. Más bien es su rehén. Acabo de platicar con el duque Horwath, un verdadero noble. Va de regreso al norte. Este muchacho tiene los días contados.

La expresión de Liona se volvió rígida y palideció su rostro.

—Deja de decir tonterías —dijo enojada.

Fue a sentar a Owen en una caja cerca de ahí, y luego volvió con Berwick para darle una buena reprimenda en voz baja.

Owen se quedó sentado en la caja. La alegría que le había producido la cocina en un inicio se estaba desvaneciendo. Las amenazas del rey se revolvían en su estómago. Aun cuando ese lugar era confortable y acogedor, con ese delicioso olor a levadura, no podía apartar la mirada de la torre parecida a una daga. Sentía como si el rey pudiera verlo incluso ahí.

—No, tú cuida tus palabras —dijo Berwick rabioso—. Mi amo puede traer una nueva cocinera del norte, ¿y entonces qué harás? Pero si me escuchas y haces lo que te digo, vas a salir bien librada.

Lanzó a Owen una oscura mirada, agitando su cabeza como si el muchacho fuera ya un pescado muerto.

La mirada de Liona estaba llena de furia cuando fue por él, tallándose las manos vigorosamente en el delantal.

—Tengo que terminar de preparar la cena del rey —dijo en voz baja.

Owen se percató de que no lo miraba a los ojos cuando agregó:

—Antes había muchos más niños jugando alrededor del castillo. Cuando regían la reina y el rey todo era muy diferente. Hom-
bres como Berwick debían cuidar más de sus palabras —apretó los labios—. Si tan solo Berwick supiera... —dirigió una discreta mirada al niño y luego dijo en voz muy baja—: ¿Tienes miedo, Owen?

Él la miraba fijamente y asintió en silencio.

Ella se apresuró hacia otra de las mesas de la cocina y puso en un tazón algo de harina y otros ingredientes. Rompió un huevo con una mano y lo vertió en la mezcla del tazón. Luego comenzó a amasar el contenido con sus fuertes dedos. Owen sintió que ella iba a decir más, de modo que esperó a que quisiera hablar.

Ella miró la cocina en derredor para asegurarse que nadie estuviera cerca y pudiera oírlos.

—Mi esposo y yo solemos caminar por el campo —dijo en voz muy baja, casi un susurro—. Él conoce el reino mejor que nadie. Hay un portal que permanece abierto siempre. Siempre, Owen —volvió a mirar en derredor y continuó en voz todavía más baja—. Owen, tus padres no te mandaron aquí a morir. Tienes amigos en este lugar, como la princesa, como yo. La madre de la princesa está en el santuario de Nuestra Señora. Ella ha estado en ese lugar durante dos años, desde que su cuñado se apoderó del trono. Ojalá ella pueda ayudarte, Owen. ¿Sabes dónde se encuentra el santuario?

Owen la miró. Sentía su corazón latir con fuerza.

—Creo que... pasamos por ahí cuando veníamos hacia acá.

—Así es —dijo ella amasando la mezcla como si con la fuerza de sus manos pudiera estrangular a Berwick—. Si llegas a ese santuario, ni siquiera el rey puede hacerte salir de ahí. Ahí estarás a

salvo —miró a sus espaldas la cocina llena de gente, en sus ojos se podía ver la preocupación que sentía—. ¿Eres valiente, chico?

El niño sintió una chispa de esperanza en su pecho.

—Sí, soy valiente —murmuró mirándola a los ojos fijamente. Pero al desviar la mirada se estremeció al encontrarse nuevamente con la torre con forma de daga que se veía a través de la ventana.



Soy un extranjero en Ceredigion, de modo que las intrigas y el rencor al principio me parecían incomprensibles. Permítanme hacer un breve recuento: las casas que rigen en este reino pueden ser comparadas con los miembros de una enorme familia que se odian fieramente todos entre sí. El motivo de su discordia hunde sus raíces en los orígenes de la dinastía, hace casi tres siglos. Los miembros de esta familia han desarrollado el arte de pelear unos contra otros. Los enemigos del rey Severn están todos en sus tumbas, o debería decir: sus enemigos masculinos. Todavía se encuentra amenazado por la viuda del rey, la esposa de su hermano, quien continúa tramando planes en su contra desde el santuario de Nuestra Señora. Pero a mi parecer, tanto su poder como su belleza, que alguna vez fueron incalculables, se han desvanecido ya. Mi apuesta está con el rey que aguarda al acecho. Existen rumores de que está enamorado de su sobrina, la princesa Elyse. Pero es un rumor sórdido, esparcido por la reina viuda, no le hagan caso.

Dominic Mancini



CINCO

FANTASMAS



Le asignaron a Owen la misma habitación que había usado su hermano y que ahora se hallaba vacía, pero no pudo conciliar el sueño. Todo en aquella habitación le resultaba extraño e inquietante, incluso el olor. Siempre había sido extremadamente sensible a los sonidos, especialmente aquellos que no le fueran familiares, y el lugar estaba lleno de ruidos: maderas que chirriaban, el taconeo de botas sobre el suelo de roca, el murmullo distante de voces, el tintineo de llaves en las cerraduras. En todo momento había movimiento fuera de su puerta, así que Owen mejor se levantó y se quedó sentado sobre su camastro de madera. Abrió las cortinas para que entrara la luz de la luna e intentó calmar los latidos de su corazón, lo asfixiaba el sentimiento de añoranza de su hogar.

Aquella noche tomó varias decisiones y le hizo una promesa a la luna.

Sabía que el mundo de los adultos era muy diferente del suyo. Por alguna razón que él no alcanzaba a comprender, sus padres lo habían abandonado. Tenía la vaga idea de que se habían visto obligados a ofrecer a uno de sus hijos y lo habían elegido a él. Hundido en la oscuridad tuvo que luchar con los sentimientos que acompañaban esa idea. Derramó lágrimas, pero no eran de tristeza. Tampoco lloraba de rabia. Lloraba porque se sentía... decepcionado. Cuando finalmente se acabaron sus lágrimas, apretó los dientes y enfrentó la dura realidad de que sus padres no iban a salvarlo. Tenía la lejana intuición de que si se quedaba en el castillo sin hacer algo para salvarse, probablemente no sobreviviría. De modo que debía encontrar la manera de cambiar el final de la historia, para no acabar arrastrado por la corriente del río.

Al ser el más pequeño de la familia, Owen había aprendido algunas verdades simples en su corta vida. Al ser el más joven y el más pequeño de Tatton Hall, los adultos a su alrededor pensaban que era débil y que no podía hacer las cosas por sí solo. Siempre se ofrecían a ayudarlo, cosa que a Owen lo exasperaba y lo hacía sentir más resuelto a probar que sí era capaz. Odiaba que nadie tomara en serio sus ideas y sugerencias, especialmente cuando uno de sus “pequeños discursos” hacía que sus padres o sus hermanos mayores se rieran de él.

Owen había aprendido que había cierto poder en ser el menor. Era un niño voluntarioso que había aprendido el poder de los berrinches para salirse con la suya. Usaba esta táctica de manera juiciosa, por supuesto, por lo regular era un niño dulce y amable.

Tampoco ignoraba Owen que los adultos, en especial sus hermanas, podían llegar a ser adúladoras. Había aprendido que al ser adorable, cariñoso y rápido al dar abrazos, besos y sonrisas, se ganaba el favor y la atención de los otros. Al quedarse quieto y silencioso, especialmente por las noches, podía permanecer despierto por más rato, ya que nadie se daba cuenta de que estaba ahí.

Poder. Había poder en la habilidad de controlar la manera en que los otros reaccionan a ti. Eso le recordaba a Owen su pasatiempo favorito, aquel en el que podía pasarse horas: alinear pequeñas fichas en una fila, para después derribarlas.

Alguna vez vio a uno de sus hermanos hacerlo, cuando Owen era apenas un bebé, y la cadena de fichas derrumbándose una tras otra le había hecho soltar una carcajada. Era uno de sus primeros recuerdos. Pronto era él quien enfilaba las fichas y entonces descubrió lo emocionante que era usar una sola para derribar muchas otras.

Al crecer, sus torres de fichas se fueron volviendo más y más elaboradas. Las filas se curvaban y en ocasiones usaba otros objetos como barrera o cambiaba la altura de las estructuras que formaba. A veces construía torres de fichas y hacía que una sola pieza provocara su colapso.

Nada lo hacía enfurecer tanto como cuando alguien derribaba sus filas de fichas, sea de forma intencional o por accidente. Incluso se enojaba consigo mismo cuando por accidente lo hacía. Acomodar las piezas en una alineación precisa siguiendo la figura que había trazado le ayudaba a sortear sus problemas.

Aquella noche Owen tomó una decisión y se lo dijo a la luna: “Voy a escapar de aquí”, se prometió. Sin importar lo que sus padres hicieran o dejaran de hacer, él no se daría por vencido hasta encontrar la manera de escapar del rey que tanto lo aterrorizaba. No quería ser uno más de los fantasmas del castillo.

La segunda decisión que tomó fue tratar que su estadía en el castillo fuera lo más llevadera posible, hasta que encontrara la manera de escapar. Y para lograrlo necesitaba una caja de fichas.

De todos los lugares que hasta ese momento había visto, la cocina era, sin duda, el que más le gustaba. Era luminosa y alegre. Liona era el tipo de mujer que sabía lo ayudaría. Le pediría algunas fichas y que le diera permiso de jugar con ellas en un rincón de la cocina.

Estaba tan emocionado de poner en marcha su plan, que esperó sin descansar a que la luna desapareciera de la ventana y el cielo empezara a clarear. Los cocineros suelen llegar temprano a la cocina. Owen debía estar con el rey a la hora del desayuno, pero quería al menos tener algo que esperar para después.

Todavía vestido con las gastadas ropas con que había viajado, Owen volvió a la cocina por su cuenta, escabulléndose silencioso entre las sombras. Encontró el camino sin dificultad, su olfato lo llevó, al igual que su memoria del lugar. Todavía era muy temprano y las únicas personas que había en la cocina eran Liona y el hombre que él asumió que debía ser el esposo de ella.

—Mira nada más, antes de que el gallo cante ya estás de pie —dijo Liona con tono alegre—. Que la Fuente te bendiga, muchacho. ¿Tienes hambre?

Owen miró al hombre y de pronto se sintió abrumado por el nerviosismo. Los extraños siempre le produjeron esa sensación. Se enojaba mucho consigo mismo cuando su lengua se negaba a pronunciar palabra, cuando se le hacía nudo y no podía hablar. El hombre tenía el cabello rojizo y algunas hebras blancas en la barba. Vestía un traje completamente hecho de piel, teñido con savia de árbol y un hacha brillante colgaba de su cinturón.

Liona se dio cuenta de su nerviosismo y le dio una palmada al hombre en la espalda.

—Drew, él es Owen, te hablé de él.

El leñador observó a Owen con una sonrisa tímida y le guiñó el ojo. Asintió con la cabeza y se acuclilló en el suelo de azulejos para quedar a su altura.

—Eres el hijo del duque —dijo con tono suave y alegre—, puedo ver que eres de buena sangre. Te pareces a tus hermanos. Yo me llamo Andrew, pero mis amigos me dicen Drew. Buenos días, Owen.

Owen quería devolver el saludo, el hombre estaba siendo amable, pero no podía obligarse a hablar.

—Ayúdame con el fuego, Drew —dijo Liona, tallándose las manos enérgicamente para calentarlas—. Owen, hoy debes desayunar con el rey, así que mejor no te quito el apetito. Pero nadie se va de mi cocina con hambre, así que ahí hay un poco de pan de ayer.

Owen le agradeció con una sonrisa, contento de saber que tenía a una aliada. La siguió en silencio hasta una mesa donde ella le sirvió un poco de comida en un plato, mientras que Drew revivía las cenizas del día anterior. Owen había visto antes a los hombres hacer esto y le fascinaba cómo un montículo de restos grises, al soplarles de forma consistente, volvían a la vida. Miró a Drew soplar el fuego y se emocionó mucho al oír el sonido crepitante del fuego mientras iba reviviendo. Quería aprender a hacer eso. Pensó que de hecho podía, pero se propuso regresar al día siguiente y volver a observar para asegurarse de haber aprendido. Luego tal vez podría intentarlo solo.

Liona le agitó el cabello luego de entregarle el plato con comida. Él comió hambriento, observando cómo los sirvientes empezaban a llegar a la cocina a preparar el desayuno.

—¿Liona? —dijo en voz baja. Demasiado baja. Tanto, que ella no alcanzó a oírlo.

—El niño quiere decirte algo —dijo Drew desde la boca del horno.

Liona tenía los dedos llenos de masa cuando se le acercó.

—¿Qué pasa?

Owen se humedeció los labios, agradecido de que Drew hubiera hecho notar su llamado. A pesar de que su lengua seguía anudada por la timidez, estaba resuelto a conseguir sus fichas.

—¿Hay... podría conseguir... una caja de fichas? —preguntó con mirada suplicante—. Son para jugar.

Ella lo miró confundida.

—¿Fichas? ¿Como estas de aquí? —preguntó golpeando el suelo con el tacón de su zapato.

—Pequeñas, como esas. Quisiera jugar con ellas.

Drew lo miró extrañado y dijo:

—Creo que vi una caja...

Liona debía dar las instrucciones para que los trabajadores de la cocina pusieran manos a la obra, de modo que le pidió a su esposo que las consiguiera. Poco después él regresó con una caja de madera que contenía una considerable cantidad de fichas. Algunas estaban desportilladas o rotas, y había de diferentes tamaños y colores. Owen abrió mucho los ojos, gratamente sorprendido, cuando Drew le entregó la caja.

—Voy al bosque —dijo con voz amable—. Tal vez podrías venir después, para que te muestre los jardines.

Owen alzó la mirada hacia él y asintió vigorosamente. Su lengua todavía no lograba soltarse. Hubiera querido agradecer a Drew por las fichas, pero el habitual retraimiento que se apoderaba de él le había arrebatado la habilidad para hablar. Bajó la mirada hacia la caja que descansaba sobre sus piernas, y se esforzó por hacer que las palabras salieran de su boca. Lo único que logró fue mover su cabeza de arriba abajo para asentir.

Drew le sonrió y se fue. Owen apretó los puños por un momento, enojado por no haber sido capaz de hablar. Sin embargo, la caja en su regazo era magnífica. Dejó abandonado lo que quedaba de la comida en su plato, tomó la caja y fue a un rincón de la cocina por donde nadie pasaba. Rápidamente clasificó las fichas por tamaño, forma y color, y luego se puso a acomodarlas en fila.

Tan pronto como la primera de las fichas estuvo en posición, su mente se fue lejos, como una flecha lanzada desde un arco. El proceso de sacar las piezas y ponerlas en el suelo le era tan familiar que lo hacía en automático, y ni siquiera se daba cuenta del patrón que dibujaba sobre el suelo, mientras pensaba en todo lo que había aprendido desde que había dejado a su familia. Las personas que conoció figuraban en su mente, y al hacerlo se daba cuenta de los sentimientos que tenía hacia cada uno. El rey le inspiraba miedo.

El duque Horwath le inspiraba respeto. Despreciaba a Ratcliffe. Adoraba a la princesa Elyse. Liona y Drew podrían ser sus nuevos padres. Berwick era un fastidio.

Owen había oído decir muchas cosas, y algunas no podía comprenderlas. Lo que sí comprendía era que el rey lo mandaría matar si sus padres no le demostraban lealtad. Cada día que él permanecía en Kingfountain aumentaría el riesgo. Si lograba llegar al santuario de Nuestra Señora, la cuñada del rey tal vez podría protegerlo. Ella era la madre de la princesa Elyse y había sido la reina, hasta hace dos años, cuando el rey Severn le arrebató el trono a los herederos de su hermano. El príncipe estaba muerto y Owen se arriesgaba a sufrir un destino similar. La solución parecía obvia: debía encontrar la manera de escapar del palacio y llegar a Nuestra Señora sin que los hombres del rey lo atraparan. ¿Cómo lo lograría? ¿Qué necesitaba para hacerlo? Necesitaba conocer los jardines y alrededores del reino. Drew los conocía. Drew incluso le había ofrecido llevarlo a dar un paseo para que los conociera.

Owen puso en el suelo la última de las fichas. Estaba sentado en medio de una espiral de fichas en fila, que daba vueltas alrededor de él más y más lejos con cada giro. ¿Cuántas fichas había colocado? ¿Cien tal vez? No lo sabía.

Owen se dio cuenta de que la cocina estaba inusualmente silenciosa. Alzó la mirada sobre su hombro y vio a Liona y a los otros observándolo fijamente, hipnotizados por lo que había hecho. Él le sonrió a Liona y tocó la última de las fichas, la que estaba más cerca de su rodilla.

La cocinera se sorprendió al ver cómo las fichas caían en cadena, tintineando suave y rápidamente recorriendo los círculos que había trazado. Duró solo unos segundos y cayó la última.

—Bueno —dijo Liona sorprendida—, bendito seas. Es la cosa más curiosa que he visto hacer a un niño.

Owen se sonrojó con el halago y sintió las miradas de los ayudantes de la cocina. En ese momento, una mujer joven entró con

una prisa frenética. Su largo cabello negro se mecía a un lado en su carrera.

—¿Alguien ha visto a un niño pequeño? El hijo del duque está perdido, ¿alguien lo ha...

Resolló sin aliento, aliviada al ver que varios señalaban en dirección a Owen.

—¡Ahí estás, Owen! ¡El desayuno del rey! ¡De prisa, vamos!

58 Sus palabras parecieron recordarle a todo el mundo sus deberes. Liona empezó a dar órdenes y los sirvientes se apresuraron a seguir con sus tareas.

Owen rápidamente empezó a juntar las fichas para guardarlas en la caja, pero Monah lo tomó de la mano y se lo llevó antes de que pudiera terminar.

—¡No tenemos tiempo! ¡Tienes que estar listo ya, ven conmigo! ¡Lord Ratcliffe está furioso!